

Ahora sí

Carlos LARRINAGA  
Historiador y Profesor Titular de Universidad

Hubo un tiempo en que los reyes de Francia se arrogaron la protección de los cristianos de Oriente, es decir, de quienes vivían en el Imperio Otomano. Esta circunstancia se mantuvo durante largo tiempo, llegando a su máximo esplendor en tiempos de Napoleón III, en pleno siglo XIX, cuando el colonialismo y el imperialismo hacían furor en Europa. Es cierto que hoy en día buena parte de la bibliografía existente critica esta actitud por haber servido precisamente para introducir la discordia en esas tierras, valiendo como principal ejemplo Líbano, aún hoy en día heredero de estas interferencias. Pues bien, este comentario viene a cuento por la decisión de Estados Unidos de intervenir en Irak, argumentando el peligro de genocidio existente contra los cristianos del norte de ese país y contra los yazidis, una minoría religiosa considerada como adoradores del diablo por los más ortodoxos guardianes del Islam. La excusa no convence del todo, ya que la razón última de su intervención parece ser la protección de sus intereses militares en Erbil, la actual capital del Kurdistán iraquí, amén de los ricos yacimientos petrolíferos allí existentes. El hecho de que las tropas yihadistas del Estado Islámico se sitúen en las cercanías de esa ciudad ha encendido todas las alarmas en Washington, dada la posibilidad de que aquellos puedan verse en peligro. Que los peshmergas, los combatientes kurdos, estén teniendo serios problemas en detener a los yihadistas ha provocado esta decisión del ejecutivo estadounidense. De manera que, mientras sus intereses no se sintieron en peligro, no había motivo alguno para la intervención. Así, en plena ofensiva yihadista en el norte de Irak la pasada primavera, el presidente Obama se negó en rotundo a intervenir, instando a las autoridades iraquíes a hacer frente al problema.

La verdad es que el esgrimido argumento del genocidio es poco creíble, a pesar de las ejecuciones llevadas a cabo por los yihadistas. El problema de los cristianos en Oriente no es nuevo. Su número viene reduciéndose sistemáticamente por la actuación de las facciones más radicales del Islam, que, debido a su intolerancia, no respetan a las otras minorías religiosas. Por poner sólo algunos ejemplos, baste recordar los periódicos ataques a iglesias coptas en Egipto o lo sucedido en Malula y en otras localidades predominantemente cristianas de Siria. En cuanto a Irak, país que ahora nos interesa, la huida de los cristianos del norte se ha venido produciendo desde hace meses, cuando comenzó la gran ofensiva de los yihadistas con la intención de crear un Califato Islámico en las actuales jurisdicciones de Siria e Irak, aprovechándose del estado de guerra civil en el primer caso y de la debilidad institucional en el segundo, tras la caída de Sadam Husein. Ante semejante huida de cristianos, salvo los corresponsales de prensa, apenas nadie alzó la voz y menos los Estados Unidos, que, como ya he dicho, no vieron razón alguna para actuar. Ahora, sin embargo, sí parecen existir otras causas para intervenir, pero no sé si realmente tienen que ver con los cristianos, los yazadis y demás minorías que se han visto obligadas a abandonar sus hogares.

En este sentido, no debemos olvidar que la actual situación en Irak obedece, en gran medida, a la intervención llevada a cabo por los Estados Unidos para poner fin al mandato de Sadam Husein, acusado falsamente de financiar el terrorismo internacional tras los atentados del 11S. Poco tiempo después, éste y otros países occidentales se sumaron al falso entusiasmo de la democratización que habrían de traer consigo las llamadas primaveras árabes. No es cuestión de apoyar por apoyar a mandatarios como Gadafi, Ben Alí, Mubarak, el-Asad o el mentado Sadam Husein, pero lo cierto es que,

tras su desaparición, la mayoría de las naciones árabes del Mediterráneo Oriental y del Próximo Oriente han entrado en la mayor crisis política vivida desde sus accesos a la independencia. De esta forma, la carencia de un plan de reconstrucción económica, institucional y social tras el derrocamiento de Sadam Husein ha sumido a Irak en un caos permanente desde hace varios años, presa fácil para los sectores más radicalizados del Islam, cuyos tentáculos, a través de Al-Qaeda o de otras “marcas”, se están extendiendo no sólo en este país, sino por toda la región. Se ha puesto así en jaque a una convivencia más o menos estable de las distintas minorías religiosas o étnicas, salvo en algunos casos, no hay que olvidarlo (kurdos y chiítas en Irak, por ejemplo). Frente a las posiciones más extremistas, todos estos dirigentes lograron, cuando menos, frenar la expansión del yihadismo en sus respectivos países. Alejados de ideologías teocráticas como las que vemos aflorar hoy en día en la zona, estos dictadores consiguieron evitar las luchas fratricidas y los conflictos religiosos, apostando por un islamismo moderado. Por eso llama tan poderosamente la atención que, ante la proclamación del Califato Islámico, las potencias occidentales no hicieran absolutamente nada, dejando en manos de los iraquíes la resolución de un problema que les sobrepasa. Que Obama decida ahora regresar a Irak no sé si responde a la toma de conciencia real del peligro que supone dicho Califato para la desestabilización de todo el Próximo Oriente o a la salvaguarda del personal americano en el Kurdistán iraquí. Sin duda, acontecimientos como los de Irak, Afganistán, Mogadiscio o Bengasi están muy presentes en esta decisión. Un ataque con muertes de ciudadanos americanos en Erbil sería demasiado para la Administración Obama a pocos meses de expirar su mandato. Por eso, ahora sí toca intervenir en Irak. Aunque dicha intervención se quedará corta si no trata de atajar también la problemática de Siria, donde el Estado Islámico controla casi un tercio del país.

10 de agosto de 2014